

José SANTOS VALDES

*De nuestros desaparecidos*

1

Morrir es para los seres vivos obligado cumplimiento de las leyes de la naturaleza. Entre los humanos la muerte —tan temida a veces, tan deseada en otras— causa pena, dolor y llanto, entre allegados, familiares y amigos. En algunos casos consterna, conmueve y no es raro que provoque desaliento en pequeñas o grandes regiones. Nada raro es —tampoco— que esa consternación conmueva o sea sentida en diversos países o en la ecumene entera. Todo lo anterior está condicionado por la circunstancia de que —él o los desaparecidos— hayan o no calado hondo en la conciencia y el sentimiento de quienes les sobreviven.

2

Se da el caso de que —dentro de la compleja composición de la sociedad humana— algunas muertes que provocan luto en grandes o pequeños núcleos, a la vez, motivan alegría con frecuencia ruidosa— en otros. Todo como resultado de la posición que el o los desaparecidos mantuvieron socialmente mientras estuvieron vivos. No puede ser de otra manera en nuestro mundo y —desde luego— en nuestro México donde, en este 1980, han dejado de existir —para nuestro mal— mal para quienes luchan por la integral dignificación de la Humanidad y de cada hombre o mujer en particular —algunos abandonados de tan nobles empeños.

3

Murió Rafael Galván y millares y millares de mexicanos que viven conscientemente las horas de su vida, se dolieron por la pérdida de un valeroso soldado y guía de la lucha en favor de la democracia sindical y el reconocimiento y respeto pleno de los derechos de los trabajadores: obreros, campesinos, burócratas y de

cuantós, a pesar de nuestra Revolución, se ven despojados de sus derechos. Militante setero de la insurgencia obrera, incapaz de componendas y enemigo abierto de la traición, su muerte golpeó con rudeza a obreros, campesinos, estudiantes —y en general— a la parte más despierta, valerosa y abnegada, dentro de los cuadros de la lucha social.

4

Murió Enrique Ramírez y Ramírez a quien, desde la adolescencia, las ideas político-sociales lo movieron en favor de la completa, cabal transformación de la injusta sociedad en que vivimos. En ningún momento de su vida dejó de militar sus inconformidades. Aquí, en Lerdo, le oí contestar amplia y serenamente, los cargos que en asamblea pública le fueron hechos por quienes, desde la trinchera contraria, pretendieron ponerlo en predicamento. Su hacer más fecundo, a mi ver, queda vivo, actuante y firme, en la corriente de pensamiento que da rumbo a El Día, diario, en cuyas páginas un periodismo libre de frivolidades y de publicidad degradante, es obra del grupo de hombres y mujeres —que ERYR agrupó— y que siguen en la trinchera de los que luchan por el advenimiento de un mundo donde imperen la libertad, la democracia y la justicia social, que es la esencia del ideal político del creador de este diario mexicano.

5

Murió Genaro Carnero Checa, periodista comprometido con la lucha de los hombres y de las mujeres que no admiten tiranos ni gorilas. Peruano, rebasó las fronteras patrias para bregar infatigable, en contra de los opresores de los pueblos latinoamericanos. Ni persecuciones, ni amenazas, ni cárcel ni tormentos doblega-

ron su decisión y lealtad en favor de que, un mundo nuevo, nivelado y justo, haga la felicidad del hombre del mañana. La FE-LAP —es seguro— no arriará banderas, mantendrá viva la lucha de Carnero Checa.

6

Murió también en este enlutado año de 1980, Mario Zapata, español militante indoblegable en contra del franquismo. En México se prodigó en un periodismo ágil, enterado, de tesis avanzadas e igual hizo en la cátedra y la TV. Hombre culto fue —justo por serlo— un decidido militante del pensamiento revolucionario. Murió el profesor Rodolfo Puiggrós, argentino inconforme con gorilas de su país y de América nuestra y —como Carnero Checa, exiliado, lo que hizo que sus restos, como los del peruano aunque convertidos en cenizas, de momento quedaran en nuestra patria. Ambos, Carnero Checa y Puiggrós, buscaron y hallaron entre nosotros, calor humano de luchadores como ellos y órganos de expresión para sus inconformidades y anhelos.

7

Otros luchadores más habrán caído abatidos por la violencia o la ley de la naturaleza. Su desaparición habrá enlutado, como la de los militantes aquí nombrados, a quienes confiaban en ellos y con ellos portaban entusiasmos y valor para alcanzar, para hacer posible el mundo en que soñamos. Sobrevivirá la memoria de los que, por sus calidades y posibilidades, más hondo calaron en la conciencia de los que sueñan y luchan por un mundo mejor. Lo que debe afirmarnos en nuestro propósito es que, por cada uno de nuestros desaparecidos, llegarán otros que, en teorías inacabables, harán posibles los ideales de los que nos fueron arrebatados por la muerte.